«Tristia» (Nostalgia del monte)

Octavi Fullat*

Resumen

En este escrito, iniciado en febrero de 2016 y concluido a finales del verano de 2017, el profesor Octavi Fullat i Genís (Alforja, 1928) emula a Ovidio que durante su exilio junto al Mar Negro redactó un texto con este mismo título de *Tristia*, pensamientos y sentimientos tristes. Se trata de una especie de descargo de conciencia, o memoria testamentaria, que el autor ofrece al lector para dar cuenta y razón de la evolución y sistemática de su pensamiento antropológico, filosófico y pedagógico. En realidad, su universo mental se encuentra marcado por los tres años que durante la Guerra Civil (1936-1939) vivió en contacto directo con la naturaleza. De hecho, aquel mundo natural chocó con la civilización técnico-científica de la sociedad moderna, de modo que a manera de alternativa opta por una solución culturalista que bebe en las fuentes de la tradición bíblica y de la cultura clásica. Según Fullat, el ser humano en abstracto no existe de modo que únicamente contamos con el hombre histórico, aquel que anda atravesado por el tiempo. Por ello, la cosmovisión del profesor Fullat sienta sus bases en corrientes como el historicismo (Dilthey), la fenomenología (Husserl), el existencialismo (Heidegger), la hermenéutica (Gadamer, Ricoeur) y la filosofía del lenguaje (Wittgenstein), sin olvidar otras fuentes como la teología católica y luterana. En fin, este texto complementa su libro *Impertinentes. El desgarro de pensar* (Barcelona, 2016), que editó la Universidad de Barcelona, a la vez que plantea una apertura hermenéutica, ya que de lo contrario no queda otro camino que la muerte sin esperanza. Mientras tanto, y antes de la visita de la dama negra, el profesor Fullat se refugia y consuela en la lectura de los clásicos latinos (Cicerón, Séneca) y de los relatos bíblicos, en especial de los libros de Job y del Eclesiastés.

Palabras clave

Filosofía de la educación, Antropología de la Educación, Historia de vida, Cultura, Modernidad, Posmodernidad.

Recepción original: 25 de enero de 2018
Aceptación: 08 de noviembre de 2018
Publicación: 30 de junio de 2020

Leve venia

Me da mucho asco. Mi mundo. Mes de febrero de 2016. Con 88 años en el cuerpo. *Barrio de Gracia* de la ciudad de Barcelona. El sol se desmaya en el comedor-salón; pieza sobria. Sentado en un sillón tronado. En la reducida terraza, las plantas tiritan de frío a pesar de la caricia solar. Han puesto el *Vals triste* de Sibelius: la muerte desea bailar conmigo. No quiero.

(*) Catedrático emérito de Filosofía de la Educación de la Universitat Autònoma de Barcelona. Doctor Honoris Causa por varias universidades nacionales (Universitat Ramon Llull, 2009) y extranjeras. Posee una extensa bibliografía que supera los 100 libros y que amplió con los tres volúmenes de sus memorias: *La meva llibertat* (2006), *La meva veritat* (2008) y *La meva bellesa* (2010). Como el mismo reconoce, sus tres obras más significativas son las siguientes: *Filosofías de la educación* (Barcelona, Ceac, 1978), *Valores y narrativa. Axiología educativa de Occidente* (Barcelona, Edicions de la Universitat de Barcelona, 2005) e *Impertinentes. El desgarro de pensar* (Barcelona, Edicions de la Universitat de Barcelona, 2016). También en las páginas de nuestra revista hemos publicado varios de sus retratos impertinentes que han influido en su trayectoria personal e intelectual. Una vez más, agradecemos al profesor Fullat su confianza con *Temps d'Educació* al brindarnos la posibilidad de publicar este texto inédito que ha titulado *Tristia*, en que traza su itinerario o viaje formativo y sus pensamientos y sentimientos finales.

10.1344/TE2020.58.13
Creative Commons 4.0 Reconeixement no comercial

Juliette Gréco cantaba: *Je hais les dimanches*. Yo, en cambio, aborrezco la civilización en la cual me descubro ahora empotrado a la fuerza. Por lo menos la decadencia de Austria, al agonizar el imperio, se mostró esplendorosa. Menos mal que una vez difunto, nada habrá en mí.

He decidido filosofar en torno a este mundo que a la postre, quiera o no, es actualmente mi mundo. ¿En qué consiste filosofar? en interesarse por la circunstancia prescindiendo del hecho de necesitarla.

¿A qué viene el título, *Tristia*, del escrito? el poeta romano Publius Ovidus, nacido en Sulmona —Abruzzo, en el centro de la península italiana— en marzo del año 43 a.C. y fallecido en Tomis, la actual Constanza de Rumanía, en el año 18 d.C., redactó este escrito, *Tristia*, durante su exilio en Tomis cabe al Mar Negro. El emperador Octavianus Augustus habíale castigado en el año 8 d.C. con el destierro por razones políticas. *Tristia* —pensamientos y sentimientos tristes— organiza un conjunto de poesía elegíaca saturada de soledad y de añoranza. Me ha parecido apropiada la palabra latina *Tristia* para mi porfía, cargada de la melancolía que ha causado la desilusión. Solo, me palpo solo, en el vientre de la civilización presente y comido por la morriña de la naturaleza perdida. ¡Ah, qué bien se pace en el monte!

Organizo la meditación en apartados. ¿Cuántos? el despliegue irá dictándolo. Esta es la decisión tomada esta tarde de febrero de 2016 con sol agonizante. Decisión frágil, sin embargo, como todo lo humano.

Esta vez sí. La labor de redactar finalizará con el remate de mi vida, biológica y biográfica. Los muertos no saben escribir. Y ya resta poco. Me palpo cansado y buscando la manivela que lo transforme todo en paz sempiterna. La vida ¿un infortunio?, ni por asomo; la vida es contienda, denuedo, pero de ninguna manera acaba siendo, toda ella, descalabro y mala sombra.

Diagnóstico apresurado y morriña pegajosa

Quizás esta sea la diagnosis de un espantajo, pero ahí está. Traigo unos datos que pueden ser síntomas. ¿De qué? por ventura de agonía. ¿El morbo sospechado? una razón hipertrofiada en todo lo cuantificable y, por otro lado, menoscabada, mermada, en lo tocante a cuanto encierra calidad. ¿Calidad? sí: *¿vale la pena, ahora, existir?* Este interrogante roza a lo más crucial. No sirven para la respuesta ni el metro, ni el kilogramo, ni el litro, ni tampoco la estadística. Esta habla de las opiniones de la gente. Y la *doxa*, o parecer o modo de pensar, no va más allá de satisfacer la curiosidad de los fisgones y por muchos, muchísimos, que sean los tales poca cosa aportan al interrogante grave: *¿vale la pena, ahora, existir?*

Las redes sociales y sus cuantificaciones constituyen pasatiempos para aburridos, pero nada proporcionan en vistas a una posible respuesta bien urdida con el *logos*; la argumentación no vive de estadísticas. La estadística encierra prueba endeble, válida tan solo para la chusma, la cual es boba, gilí.

El desengaño, por lo menos en el Estado Español, ha desacreditado la acción de los políticos. Corrupción a raudales. A uno le vienen ganas de mandarlos, todos, al cuerno; a que se los coma la piojera. ¿A qué grupo votar? perplejidad e irresolución abarrotan el ambiente.

¿Obedecer a las leyes? ¿Por qué razón sólida tengo que obedecer a las normas que el ganado humano se ha conferido? Las leyes de los hombres son *así* pudiendo ser siempre de *otra manera*. Cosa distinta sucede al referirnos a las leyes de la naturaleza; estas duran mucho más y son uniformes en no importa qué geografía. La ley de la naturaleza, en parte —lo confieso—, también es invento nuestro; por esta razón sufre mudanza aunque, eso sí, lenta; perezosa.

Los diablos yihadistas y los del *Estado islámico* no solo atentan contra la carne de las personas; encima atacan el sentido de la vida de estas: su cultura. No les basta, empero; así mismo se valen de la imagen, televisiva o gráfica, como de lenguaje performativo en el cual, como señaló Austin, el asesinato televisado se muda, él, en acción. *Decir* es, de tal guisa, *hacer*. Asesinatos en primera página televisiva.

Por lo demás, en ningún país han triunfado las *liberté*, *égalité*, *fraternité*. ¿Se trata de ensueños o, acaso, de fingimientos que consuelan?

En el mundo, el 80 por cierto de las traducciones se hacen a partir del inglés y solo el 8 por cierto hacia el inglés. Significativo del juego de poderes.

El *Índice de libros prohibidos*, del Vaticano, puso en su lista a Descartes, a Kant, a Sartre…; pero no he sabido encontrar en dicha relación al *Mein Kampf* de Hitler. ¡! Habitamos un mundo privado de inocencia. Los *puros* son igualmente sinvergüenzas.

Se ha evaporado el concepto de *falta*; únicamente quedan *dificultades*. La teoría *queer* en la esfera sexual ha hecho fortuna. La representación romana, de cuerpo del hombre como cuerpo animal, da cuenta del exceso de los despilfarros alimentarios de una parte de la humanidad.

Cocaína, *ecstasy*, anfetaminas, heroína, cannabis, drogas de síntesis…; en fin, substancias psicótropas que señalan el asco, de sí misma, que padece la humanidad.

Para los últimos postmodernos, los del móvil, mi habla se les antoja jerga moderna, con despojos de griego y de latín, perfectamente inservible, baldía. Y sus vocablos, a su vez, nada le cuentan a mi vida; con ellos no podría, yo, hablar con mi madre.

Los hablantes del móvil han perdido al referente lingüístico. Quedan únicamente los significantes con significados movedizos o bien con contornos vagos. Todo resulta viscosamente parejo; algo así como *l'être* de Sartre, pastoso, informe, repulsivo.

Traducciones de diarios hay tan desastrosas que únicamente se explican porque se han servido de *Google Translation*. ¡Vaya jerga para maleantes!

¿Qué le sucede entonces al usuario, de las redes sociales, que sea poco inteligente? que imaginando pensar por él mismo no hace otra cosa que pensar como *todo el mundo*. No choca, en tal situación, que las sociedades occidentales vayan convirtiéndose al anarquismo, a una vida descabezada; no contamos más que con opiniones y todas valen igual. Es decir, nada valen. Incluso en el campo de la salud está equiparándose la opinión del médico y la del curandero. La autoridad se ha licuado. Hasta la educación se vuelve líquida, desprovista de límites certeros.

Cuanta más comunicación a través del móvil, más se empobrece la lengua. Todas las formulaciones valen lo mismo; aquello que cuenta es pasar sin respiro de una cosa a la

siguiente. La cantidad informativa ha substituido a la calidad de la noticia. Quedan homologados, de esta guisa, el asesinato de una niña y el automóvil mal aparcado.

Y ¡Viva el fútbol! ¡Vivan los sueldos de los jugadores! ¿Auschwitz? ¿Dachau? ¿Buchenwald? ¿Guerra de Afganistán?... Todo esto es agua pasada. Lo que importa es el *show* montado por una tribu de punks, de gentes del ex-underground o de *gauchistes* divinos, o bien el desmadre de los fans futbolísticos.

Caigo en la cuenta de aquella sentencia de Camus en *La Chute*, puesta en boca de Clemence:

> Vous parliez du Jugement dernier…; je connu ce qu'il y a de pire, qui est le jugement des hommes.

Están encima del podio aquellos que triunfan socialmente, futbolistas o cantantes o artistas; a los tales incluso los más imbéciles los idolatran. ¿Estultos unos y otros?

Simone Weil, una judía francesa a quien caía bien el cristianismo, se puso del lado de los oprimidos, de los débiles y de los vencidos. Nos dejó escrito:

> L'homme est ainsi fait que celui qui écrase ne sent rien; que c'est celui qui est écrasé qui sent tout.

Y ahora me pregunto: ¿qué es un ser humano? Solo atino a responder: una agonía inacabable que llama a la muerte.

Este mundo tan erudito y tan pútrido suscita en mi biografía presente una terrible añoranza de cuando vivía en la naturaleza. Sí; yo viví en la naturaleza. ¿Civilización? faltaba más, aunque el mínimo. Unas cuantas palabras, pocas, y algo de abrigo cuando el frío invernal se dejaba notar; ¡ah! sí, también comida cándidamente cocinada, con productos de la huerta, del corral y de la caza. Sobriedad de lo salvaje, inculto, montaraz y cerril.

¿Aquello fue como vivir en la prehistoria? algo así aunque en el neolítico, con agricultura y animales domésticos —conejos, gallinas, una cabra, un perro—, con vivienda y alfarería. Sedentarios; no nómadas. Acataba al sol con sus jornadas estiradas en verano y cortas durante la estación invernal.

Estoy refiriéndome a los tres años de la Guerra Civil Española (1936-1939) que viví en el campo sin casi contactos con la civilización. Mis nueve, diez y once años. En una masía desnuda, y escasa, del Campo de Tarragona.

Mas de cal Fullat, propiedad de mi padre.

No había letra impresa, ni tan siquiera la de un periódico viejo. Sin escuela, sin catequesis. Sí, en cambio, conté con la voz sapiente de una anciana analfabeta del villorrio de Alforja y con la sentencia juiciosa de un campesino entrado en años, mi abuelo paterno. ¿Noticias? las que traían las nubes, el viento, el vuelo de los pájaros, el ladrido nocturno del can y las estrellas itinerantes como asimismo el sol y la luna.

Desprovistos de electricidad —sin radio, sin teléfono; la televisión no existía—. Carecíamos de agua corriente; la alberca para el riego, con lodo, ranas y alguna serpiente huidiza, constituía mi cuarto de baño, poco utilizado cuando apretaban los rigores invernales y espacio de solaz durante los calores del verano.

¿Vestidos? desnudo y descalzo cuando la temperatura lo permitía, salvo los almuerzos y las cenas durante los cuales mi abuelo exigía que por lo menos me cubriera con unos pantalones pordioseros. Sin calzado; esto lo aceptaba.

¿Días festivos? para mí fueron tres años de fiesta incesante. Siempre domingo. Jornada extraordinaria era aquélla en que venían a la rudimentaria casa de campo —el *Mas de cal Fullat*—, de mi padre, algún mozalbete o alguna rapaz, del pueblo de Alforja, y organizábamos un lance o una correría que hoy día calificarían de despreciable, de muy traviesa y hasta, en ocasiones, de inmoral. Pero, aquellos años la moral se había ido al carajo. La naturaleza desconoce la ética; en ella hay lo que hay, nada más.

Padre y madre en Barcelona; él, médico, se debía a enfermos y heridos. Aquellos tres años de contienda fueron severos para ellos. Cuando les era posible, un par de veces al mes, ni tanto, nos visitaban. Mi abuelo paterno Miquel, payés, y Rosa Riquer, una vecina de Alforja que temía a la letra impresa, una iletrada que poseía, empero, la inmensa sabiduría popular, uno y otra cuidaban de mí. La naturaleza fue mi segunda matriz o útero. De ella me nutrí; ella me formó.

El comer configuró algo de tomo y lomo. El abuelo proporcionaba la cosecha de la huerta, parca en invierno, abundante en el estío. Además, de vez en cuando iba, él, a cazar: conejos, alguna liebre, perdices y en un par de ocasiones trajo en el zurrón una ardilla. De aquellos animales muertos me impresionaba solamente alguna mancha de sangre; por lo demás, deseaba ya tenerlos en la cazuela bien aderezados con hierbas silvestres. Rosa se manejaba magistralmente cocinando sin más recetas que aquéllas que guardaba en su memoria. ¿Cocina? el hogar en el suelo que funcionaba con leña, la cual Rosa y yo íbamos a buscar por las cercanías.

También yo proporcionaba alimento. ¿Cómo? colocando trampas en el desaguadero del barranco. Caían mirlos y tordos, suculentos en el plato especialmente estos últimos. Ayudado por Rosa *anava al cargol*; la mujer los preparaba *dolços i coents* a base de azúcar y guindilla. Contraste brutal, embrujo para mi paladar que descubría una gastronomía elemental, rudimentaria, sin soberbia alguna, pero hechicera.

Día ventoso de invierno con los avellanos desnudos, calavéricos. A media tarde ordenaba el abuelo, varón de muy pocas palabras:

—Esta noche, Octavi, iremos *d'ajoca* (*Ajocar-se* es «acostarse»).

Un escalofrío recorría mi columna vertebral. No porque matáramos pájaros cuando estos dormían soñando en sus ángeles, sino a causa de los fantasmas que veía y oía durante la trastada. El abuelo Miquel habíase construido el arma ornitocida a base de atar fuertemente una pala, de golpear la ropa, a un palo largo. Así mismo nos alumbrábamos quemando teas dentro de una sartén vieja, debidamente agujerada, que se ataba a una cachava alargada a fin de disponer de mayor maniobra. Mis funciones eran: recoger los pájaros muertos que notaba calientes todavía, llevar teas en una bolsa y aguantar la sartén iluminadora cuantas veces el abuelo lo ordenaba. Las llamas durante la cacería nocturna creaban espectros que el silbido causado por el viento daba voz atemorizadora. Me metía en cama helado de frío y con quimeras que danzaban por la habitación hasta que apagaba la vela.

La recogida de setas en el *Bosc de la Vila* constituía un momento de hallazgo y de sorpresa: la naturaleza está diversificada. Rosa me enseñaba qué setas podían comerse y

cuáles podían resultar mortales o cuando menos dañinas. Cocinadas a la brasa y regadas con aceite se me antojaban extraordinarias; algo de ajo y un poco de perejil les daban un gracejo inolvidable.

Observaba los conejos del corral escrutando sus copulaciones que me sorprendían. Me repugnaban los recién nacidos con su pellejo rosado; en cambio, admiraba a los pequeños que tenían ya pelo. Cada día iba a buscar hierba para su engorde prestando atención a cuáles eran sus preferencias. El día en que Rosa mataba uno, la ayudaba. Lo hacía con un golpe seco en la nuca y acto seguido le vaciaba un ojo por donde salía la sangre, la cual frita juntamente con el hígado y acompañada de cebolla sabía a cielo. No me incomodaba la muerte del animal porque lo veía ya en la cazuela y después en el plato; cocinado con hierbas del monte y con setas y con almendras tostadas hechas harina constituía un plato extraordinario.

Recoger los huevos todavía calientes que las gallinas ponían en un rincón del campo me entusiasmaba y alguna vez, a escondidas, hacía un agujero en la cáscara y chupaba el líquido viscoso y espeso. Pero, lo excitante llegaba cuando una gallina se volvía clueca y empollaba sus huevos; aguardaba con ansia el día en que los polluelos rompían la cáscara y salían con su plumón amarillo. Una delicia tener uno calentito en las manos.

Un payés me enseñó a cazar ranas, despellejar sus patas traseras, una vez aquéllas muertas con un golpe rotundo en la cabeza, para después degustar sus muslos asados sobre las ascuas. Unas gotas de aceite crudo encima, las convertían en manjar primoroso. Disponíamos de olivos que, cada otoño, nos daban aceite para todo el año. Éramos tres personas.

Un capricho que guardaba secreto consistía en comer una avellana tierna —a mediados de agosto—, partida por la mitad, con una hormiga gruesa viva en su interior a modo de sándwich estrafalario. Cuando ahora oigo a alguien decir que no le gusta un manjar, me mofo de él por dentro pensando que es un señorito, o señorita, morboso a quien le hubiera ido bien vivir en tiempo de guerra con hambre serio mordiéndole el estómago. Estas guilladuras no nacen en tiempos de crisis severa. Las comodidades pudren a los seres humanos; ver como ahora las gentes necesitan calefacción y aire acondicionado me hace sonreír socarronamente. Podía helarse el agua, pero yo no me regalaba con estos alelamientos y boberías; y he alcanzado ya los 88 años. He pensado, a veces, que los cementerios están para remediar estas cosas si llegan a extremas.

Cuando los rigores invernales apretaban, la huerta daba muy poco. Era el momento de comer hinojo silvestre, hervido con patatas, y de gustar achicoria dulce salvaje en la ensalada. Si a media mañana tenía hambre no me repugnaba comer brotes tiernos de zarza. Aprendía a beber agua con el botijo o con la boca chupándola en un acuífero superficial.

El invierno poseía momentos selectos: comer por la noche patata y cebolla cocidas en el rescoldo del fuego del mediodía y asistir, a finales de noviembre, a la matanza de un cerdo ayudando en lo que estaba a mi alcance. Un día entero de sensaciones, feroces y sanguinarias unas, suaves y gustativas las otras. Tres años, tres experiencias pues, de padre y muy señor mío.

Mis pasatiempos especiales eran simples: robar melones a un payés vecino sin que él me pillara *in fraganti* y espiar los nidos de pájaros desde la puesta de los huevos hasta que levantaban el vuelo los nuevos.

Pero, Freud nos ha enseñado que además del motor del *hambre*, nos mueve igualmente el motor del *sexo*. Más tarde añadió un tercer motor que da cuenta de los comportamientos humanos: la *agresividad*.

Observé, curioso, el acoplamiento de los perros divirtiéndome echándoles piedras cuando después del coito no podían separarse. Muy pronto distinguí los genitales del macho y de la hembra, se tratara de canes o bien de équidos, yegua y caballo.

Vino al manso una chica de Reus, unos tres años mayor que yo, y pasó algunos días con nosotros. En quince días pude observar sus genitales con el vello naciente sin que la muchacha se diera cuenta. No tuvo inconveniente, en cambio, en que viera sus pechos delicados. Pero, en este tema del sexo la gran experiencia me la proporcionó Pepeta Breda, la chica que servía a mis padres en Barcelona, la cual substituyó durante diez días a Rosa Riquer que fue a la capital de Catalunya. Metido en la cama de Pepeta, de noche y el abuelo roncando, ella me enseñó no solo la anatomía, sino igualmente los placeres de la carne. Siempre he guardado un recuerdo grato de aquellas noches, naturales por los cuatro costados.

Momentos intensos de mis tres años de naturaleza fueron las tempestades violentas, con rayos, relámpagos, truenos feroces, viento huracanado, lluvia desmedida, granizo ruidoso sobre el tejado. Cuando llovía en verano de manera civilizada disfrutaba poniéndome desnudo bajo el agua que caía de lo alto; entonces, aunque Rosa me llamara, yo ponía oídos sordos. ¡Tan intenso era el regalo!

En las noches heladas de invierno, antes de meterme en cama calentaba el cuerpo en el hogar y corriendo me metía en el catre aunque fuera tiritando durante un rato. Cuando el viento soplaba fuerte, gemía entonces por las rendijas de las ventanas y en aquella coyuntura me escondía bajo las sábanas para escapar de los posibles espectros que la imaginación creaba.

Cayendo de una higuera, porque se rompió la rama, aprendí que la madera del olivo es mucho más resistente y, por tanto, más de fiar.

No recuerdo haber caído enfermo ni una sola vez a lo largo de tres años. Rasguños y algo de sangre; nada más.

El mundo nuestro actual constituye la antítesis de aquel universo indígena, originario, nativo. La hipertecnificación en boga me empuja por necesidad a guarecerme dentro del vientre de la remembranza, del recuerdo, del trienio de Guerra Civil Española, para mí, plácido, beatifico. De la antítesis malvada y corrupta —la civilización— hacia antes, cuando la naturaleza era, por poco, naturaleza todavía. De la antítesis a la tesis aunque sea únicamente con la fantasía: este es alivio de viejo. ¿Esfuerzo vano, estéril? ciertamente, pero consuelo a la postre. Después, ya está. Seré naturaleza y nada más.

El *Homo habilis*, que los esposos británicos Leakey descubrieron en Tanzania en 1959, asestó un golpazo, un morrón, a la virginidad de la naturaleza. Y de esto hace ya dos millones de años. Después, todo se ha precipitado cada vez con mayor celeridad. Pronto la

physis quedará despedazada quedando, de ella, únicamente el recuerdo; la *polis*, la contemporánea, se erigirá en patrono de todo. ¿Constituirá el remate del ser humano? lo desconozco. *Adhuc sub judice lis est*, que dejó escrito Quintus Horatius Flaccus (65-8 a.C.) en su *Epístula ad Pisones* (13 a.C.).

Armazón antropológico de mi discurso

Leyendo el *Fedón* y la *República* del agudo Platón me hice cargo, en su día, de la *Teoría de las Ideas* o Formas eternas de las cosas. Al menos así lo creí. Años más tarde me metí en la lectura del *Parménides* del mismo Platón escrito, este diálogo, alrededor del 369-368 a.C. Es posterior a los dos anteriores. Quedé sorprendido: estimé que Platón dudaba de su *Teoría de las Ideas*; aun así, sin embargo, lo traigo ahora porque algunos párrafos arrojan luz sobre mi ocurrencia presente. Es esta: la multiplicidad no resulta inteligible desde la multiplicidad; así, los millones y más millones de cuerpos cayendo podrán describirse o bien filmarse, pero tan dispersa y abigarrada adición de acaecimientos físicos únicamente adquiere significación inteligente con la *Ley de caída de graves* de Galileo. Una sola *Ley* da cuenta de la diversidad plural.

En el diálogo *Parménides* le dice Sócrates a este, a Parménides:

> Las «ideas» o «Formas», a manera de modelos, permanecen en la naturaleza. Las cosas se les parecen y son sus semejanzas; la participación que ellas tienen de las «Ideas» o «Formas» no consiste, sino en estar hechas a imagen —«eikasthenai»— de las «Ideas» o «Formas»…
>
> ¿Te parece que la «Idea» o «Forma», toda entera, está en cada una de las múltiples cosas siendo una?

Y en el libro VI de la *República* (505 a) pude leer:

> La Idea del Bien es el objeto del estudio supremo, a partir de la cual Idea las cosas justas y todas las demás se vuelven útiles y valiosas…
>
> Si no la conocemos, por más que conociéramos todas las demás cosas, sin tal Idea de bien nada nos sería de valor.

Me desentiendo ahora de la Teoría de las Ideas de Platón; lo que importa es solamente sacar la advertencia que lo plural se vuelve inteligible desde lo uno. Dado que son varias las cosas que voy a exponer, estimo indicado señalar aquello que las soporta y a su vez les proporciona concordancia y comprensibilidad. Es cuestión de un esquema que presume compendiar nada menos que la peripecia, o correría, del ser humano, del *ánthropos*.

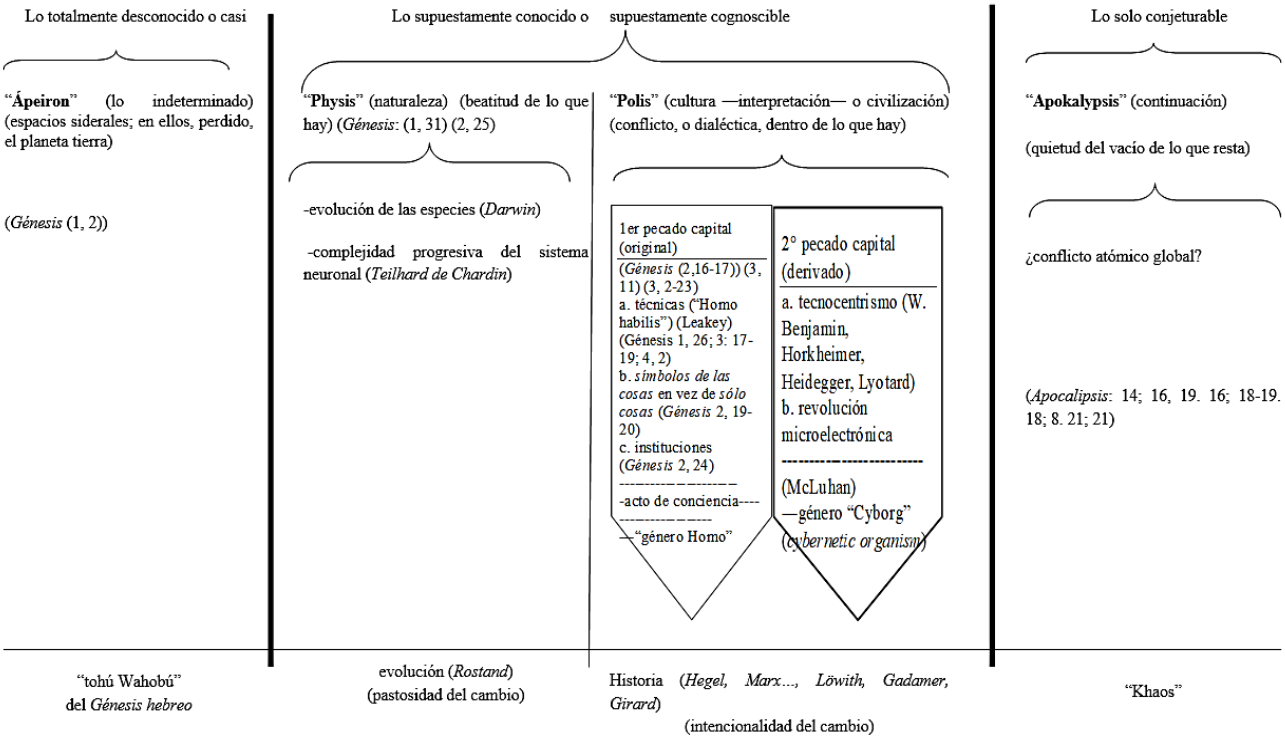
El *ánthropos* no acaba en cosa porque, por encima de todo, es un alguien —*aliquis* en latín—. No consisto únicamente en *qué* —una substancia o naturaleza—; además, soy un *quién* —una persona—. Las cualidades de que dispongo no solo están *en mí*, sino que son por excelencia *mías*. El can no puede afirmar lo mismo; por lo menos no ha dado señales de ello. El cerebro humano está más evolucionado; es mucho más complejo que el del perro.

El ser humano en abstracto no existe; contamos exclusivamente con el hombre histórico, aquél que anda atravesado por el tiempo. El *ánthropos* es la adición de sus secuencias temporales.

Figura 1. Síntesis de lo antropológico

Nota: Los textos literarios bíblicos ambientan emocionalmente la estructura como si fuera música. Los otros textos ayudan a inteligir el atisbo o conjetura desde la filosofía.

El gráfico anterior no es verdadero; tampoco es falso. ¿Cuál es, pues, su función? constituir la osamenta o carcasa que sobrelleva el discurso de la totalidad del texto. La disertación, de otro modo, podría divagar e incluso naufragar por perder el rumbo o norte. La



razón cuando no labora en ciencias formales y en ciencias empírico-naturales fácilmente enloquece dando la impresión de haber bebido con exceso. El gráfico no es más que herramienta útil.

Mi discurso no es científico; ni *episteme* griega ni *nuova scienza* galileana, pero por lo menos que no se deje arrastrar por el vagabundeo como si careciera de hogar mental. Podemos aceptar la *ruah* hebrea —«respiración divina»—; es pertinente asimismo mirar sin gran recelo a la *moira* griega —«destino universal»— o a la también griega *manía* —«delirio divino»— o al *daimon* socrático —«potencia divina que gobierna al hombre»—. Ahora bien; jamás por jamás se debe tolerar que la *hybris* de los griegos se adueñe de nuestro discurso mental; ¿por qué razón? porque la *hybris* es exceso, desmesura, puesto que quiere medirse con los dioses. La *hybris* en el teatro del trágico Sófocles (496-405 a.C.) es culpa; delito ¿de qué?: pecado de atreverse a poseer La Verdad de una vez por todas. Esto merece la muerte. A la Verdad se la persigue sin atraparla ninguna vez. En consecuencia, mi ensayo se ciñe a ser sensato y, a poder ser, provechoso.

Ya me gustaría ofrecer alguna verdad en este escrito acerca de la andadura del ser humano, travesía que va desde la *Physis* —«Naturaleza»— hasta la *Polis* —«Civilización» o «Cultura»—. La naturaleza es muda, ella; no habla. No estimo acertado referirse al habla de las bestias aunque estas se comuniquen entre sí. Reservo el término *habla/lenguaje* para los seres humanos; esto se debe a que los griegos antiguos con el vocablo *logos* se refirieron a la vez a lengua, a lenguaje, a *parole* —tomo este significante según Saus-

sure— y también apuntaron a la facultad de pensar y de hablar, de hablar según los humanos, no según las jirafas o los jilgueros. Tengo alma griega; no de mirlo o de chimpancé.

Del habla humana —*Sprache* en alemán—, precisamente, afirma Heidegger (1889-1976) en *Einführung in die Metaphysik*:

> Im Wort, in der Sprache werden und sind erst die Dinge.

Lo traduzco de esta guisa:

> En la palabra, en la esfera del habla, todas las cosas suceden y, además, son.

¿El mundo? sin el habla humana, simplemente no existe. Al menos a manera de mundo o espacio de los *objetos*.

El *ánthropos* es un itinerario, es el trayecto que va del mutismo absoluto al reino de la palabra. ¿Puédese narrar, relatar, tal peregrinaje, terriblemente alarmante y amenazador? ¿Por ventura resulta posible contarlo bajo el prisma *verdad*? no. Rotundamente no. ¿Cómo negación tan terminante? debido a que *la verdad* parece más una quimera que algo de bulto.

Alétheia, *orthotes*, *emet*, *emunah*, *véritas*, *vérité*, *verità*, *Wahrheit*, *truth*, *istina*, *pravda*, ¿qué poseen en común que traducimos todos estos términos con las palabras *veritat* y *verdad*? La *verdad* es un *imbroglio*, una confusión y, quizás, hasta sea una intriga, un sempiterno enredo.

La raíz lingüística hebrea MN, que ha dado *Amén*, significó lo sólido, durable, estable, duro; es decir, aquello con lo cual se puede contar en el futuro; vamos, que no va a desmayarse a la vuelta de la esquina. *Emet* y *emunah*, palabras hebreas que respiran la raíz lingüística MN, remiten a *Verdad* comprendida como fidelidad y confianza en la espera de lo mejor. Así Pablo de Tarsos (10-67), aunque en lengua griega, en carta a los romanos (1, 17) e igualmente en la misiva a los gálatas (3-11):

> *Ho dikaios ek pisteos zesetai* («El justo vivirá por su fidelidad»).

Este texto paulino no hace otra cosa que repetir aquello que se dice en el libro judío *Habbaqquq* (2, 4), redactado en el siglo VII a.C. Se lee en él:

> El justo vivirá gracias a su fidelidad —«*be-emunato*»—.

La verdad del justo consiste en fidelidad, en confianza; en algo, en alguien, que se la merece. Y Lutero, en alemán, lo redacta así: *Gläubet*…*bleibet*.

Queda planteada de esta suerte la cuestión *fides et intellectus*. La verdad ¿se enraíza en la *fe-confianza* o, por el contrario, es un tema del conocimiento intelectual?

Los griegos designaron la «verdad» con el término *alétheia* y el adjetivo «verdadero» con el vocablo *alethes*. El *alpha* —«a»— privativa delante de *lethe* —«olvido», «oculto»— subraya la verdad como «des-ocultación», como «des-encubrimiento». El verbo *lanthano*, en griego, significó «permanecer oculto». Ni *alethes* ni *alétheia* implican referencia a una realidad constatable a la que se corresponda una ocurrencia humana.

Parménides en el siglo V a.C. escribió un poema del cual conservamos 19 fragmentos. En este escrito el filósofo de Elea relaciona la *verdad* con el *ser*.

La *aletheia* no se mira; se sigue su camino:

> Caminos de búsqueda que hay que pensar:
>
> 1°- Lo que es, es; no se puede pensar que no sea.
>
> 2°- Lo que «no-es», «no-es»; no se puede pensar que sea.
>
> No podrás conocer el «no-ser»; tampoco podrás darlo a conocer (fragmento 2).

Queda subrayada la relación entre *ser*, *verdad* y *decir*. *Lo mismo es pensar* —«*noein*»— *y ser* (fragmento 3).

Este par de fragmentos señalan el camino seguro puesto que, este, sigue a la verdad. Del verbo impersonal *esti* —«es»— sale el sujeto, el «ente» —«to eon»—. La lengua griega dejaba al desnudo su estructura la cual cuenta el viaje de la ontología. Nuestros idiomas vienen marcados por el griego ya que el latín posee pareja contextura.

Con la perspectiva de Parménides aparece nítida la diferencia, incluso la oposición, entre *verdad-apertura* y *verdad-adecuación*, entre vía de la verdad y vía de la opinión, la verdad del ser y la verdad de los mortales. Jamás débase confundir *verdad* y *parecer*; estar en la verdad y *estar en la apariencia*. Desde Galileo Galilei nos hemos instalado en el estar-en-la-apariencia olvidando la verdad de bulto; esta permite únicamente el desocultamiento. Nos hemos puesto a vivir de modo exclusivo de *ta eonta*, «el ente»; es decir, de lo que aparece, pero hemos perdido el *to eon*, «el ser». Y así nos va. Cuantificadores mayúsculos, pero sin moral. Nos quedamos con la *a-lethia* habiendo extraviado aquello que se encuentra oculto, irremediablemente escondido. Jamás alcanzaremos el núcleo de lo encubierto, cierto; pero lo terrible reside en que hemos perdido las ganas de luchar a fin de «desocultar» lo furtivo y velado. El *ánthropos* consiste en contienda, en pugna, en brega, en debate o…, o acaba desapareciendo. Nuestra civilización ¿está en las últimas arrastrándonos a la tierra de los muertos?

Ya me complacería referir algo verdadero en el sentido de *alétheia*, no en el de *doxa*, pero solo puedo invitar al *agón*, «lucha», «combate», en vistas a lo imposible e inalcanzable. Mi esquema antes traído se sitúa, pues, en la modestia.

El diablo de la civilización

> La tierra era un caos informe («tohu wabohu»); sobre la faz del Abismo, la tiniebla (Génesis 1, 2).

Ni por asomo aparecían la luz y el orden. Muy pronto este texto bíblico me remitió al filósofo griego Anaximandros (610-548 a.C.), de la Escuela jónica de Miletos. No disponemos de muchos textos suyos, pero uno hay que viene a cuento y que habla, precisamente, del *arkhé* —«hontanar», «origen», «principio»— de cuanto hay; no es dios alguno. Es *to ápeiron* o *physis ápeiros* —«lo in-finito», «no-finito», «no-concreto», «lo ilimitado», «lo in-definido»—. En griego, *peras* indicaba «límite», «determinación», «definición». El *arkhé* de todo no es ningún ente; aquello que da a cada cosa concreta su lugar, carece de lugar propio. El *arkhé* de toda determinación y precisión ha de substraerse a toda determinación y precisión. El *ápeiron* es cualitativamente aoristos, indeterminado. El *kosmos*, ordenado, preciso, finito, está sujeto al nacimiento y a la muerte. El *ápeiron*, por el contrario, ni puede nacer ni tampoco morir. ¿Por qué razón? porque es nada, nada preciso o concreto.

La tierra era un caos informe, cuenta literariamente la *Torah* hebrea. ¿Cómo se salta de lo *in-forme*, *a-morfo*, confuso y vago, a los árboles frutales, a la hierba verde (*Génesis*, 1, 11-12)?

> El «arkhé», «Grund», Fundamento, de todo es:
>
> Dios-Elohim-Yhwh creó cielos y tierra (Génesis 1, 1).

El Señor-Dios, omnisciente y omnipotente, estuvo trabajando esforzadamente durante seis jornadas. ¿Qué hizo el día séptimo, fatigado de tanta tarea y de tan enorme faena?

> Quedaron concluidos
>
> los cielos, la tierra y sus séquitos.
>
> El día séptimo, Dios concluyó
>
> todo el trabajo que había hecho…
>
> Y descansó el día séptimo (Génesis 2, 1-2).

Lo de *Descansó el día séptimo* puede también traducirse, desde el texto hebreo, de la siguiente manera:

> Y, el séptimo día, se apartó de todo el trabajo que había hecho cuando creó (Génesis 2, 3).

Tan seguro estaba, El Señor-Yhwh, de la labor realizada. Pero, sucedió algo terrible que no había previsto:

> El Señor-Yhwh modeló de arcilla todas las bestias del campo y todos los pájaros del cielo, y los hizo desfilar delante El Adam a fin de escuchar el nombre que éste les ponía. Cada ser vivo recibió su nombre de El Adam. Éste encontró nombre para todos los animales (Génesis 2, 19).

En este día aciago se coló el diablo de la ciencia en el corazón de lo creado por Dios. Pero hubo más:

> —A vosotros la fecundidad y pasar a ser múltiples. Asunto vuestro es llenar la tierra y conquistarla dominando a los peces del mar y a las aves del cielo y a cuantas bestias se mueven sobre la tierra (Génesis 1, 28).

Otro diablo ingresó, en este instante maldito, en los riñones de la creación. Fue el diablo de la *técnica*. Y el Señor-Yhwh ni enterarse, apartado como estaba de su obra extenuante. Él descansaba. Así que aquel par de diantres fueron a lo suyo sin que nadie les incomodara. El paso del tiempo ha jugado a favor de los demontres. Y el Señor sin despertar todavía. *Ciencia* y *técnica* con la protección y el amparo de sus demonios malignos, malvados, batallaron contra la *Physis* —lo natural hasta la llegada del neolítico— con ánimo de cuartearla, de hacerla pedazos. Y así estamos. Más muertos que vivos. Diría.

La historia de la filosofía y de la ciencia occidental se queja de la presencia en su vientre del diablo científico. Una y otra iniciaron su peregrinación tan unidas como dos gemelos en el útero materno. Nacieron ambas, filosofía y ciencia, en Grecia hace cosa de unos 2.500 años. Thales de Mileto (625-546 a.C.), Anaxímenes de Mileto (s. VI a.C.), Herakleitos de Éfeso (520-460 a.C.)…, consideraron la *Physis* —la *Natura* de los romanos— y los principios u hontanares que le dan significación, trátese del agua, del aire o del fuego. Otros como Pythagoras (s. VI a.C.) y los pitagóricos fueron más sutiles refiriéndose a principios más abstractos como son los *Números*, los cuales según ellos constituyen la «substancia de todas las cosas».

Estos pensadores eran filósofos y, a su vez, matemáticos, físicos o bien astrónomos. Al llegar al siglo XVII comenzó la divergencia entre ciencia y filosofía. El diantre científico había introducido la cuña que separaría discurso filosófico y argumentación científica. Cada vez más los científicos miraron a los filósofos como si estos fueran culo de pollo, un cosido mal hecho.

Filosofía y ciencia buscaban la causa de las cosas y de sus fenómenos. La filosofía no fue únicamente explicación por lo primordial —«teo-logía»—, sino que igualmente consistió en averiguar la explicación de todo, una preocupación universal —«onto-logía»—; en esto coincidía con la ciencia. Ni la ciencia ni tampoco la filosofía andaban preocupadas por producir cambios en lo real que aumentaran nuestro bienestar; les bastaba con comprender. Durante el período helenístico, lógica, física e incluso la ética formaban parte de la filosofía. Y así siguió a lo largo del Medioevo y se prolongó, en parte, hasta Leibniz (1646-1716) quien aseguró que es verdad que las leyes de la mecánica pueden dar razón de todos los fenómenos pero, decía, es igualmente cierto que se requieren principios metafísicos para sostener intelectualmente dichas leyes de la mecánica.

El toscano Galileo (1564-1642) dejó ya de preocuparse por la causa última de los fenómenos naturales circunscribiéndose a su descripción rigurosa, matematizada. No le importa *por qué* caen los cuerpos, sino *cómo* caen. La matemática le permitió tan grave salto. En *Il Saggiatore* según la versión francesa se lee.

> L'Univers est écrit dans la langue mathématique…, sans le moyen d'elle il est humainement impossible d'en comprendre un mot.

Idéntica idea repite en *Discorsi e dimostrazioni matematiche intorno a due nuove scienze*.

A Galileo ya le tuvo sin cuidado tanto el origen como la finalidad del universo. ¿Qué leyes invariables regulan el funcionamiento del mundo? Esto sí. La ciencia se desentiende de la pregunta filosófica *¿qué es esto?* y prescinde de ella porque ha llegado al convencimiento de que únicamente podemos obtener conocimiento serio de las relaciones porque solo estas resultan observables. La *episteme* griega ha dado paso a la *scienza nuova* y esta queda reducida a sistema de relaciones. De manera inductiva se pasa de los hechos a las leyes y de estas a las teorías —*Teoría de la caída de graves*—.

Mi vida natural en el *Mas de Cal Fullat*, durante los tres años de Guerra Civil Española, se fue al carajo. Y con ella tocó también el dos mi *beatitudo*, y se largó lejos. Ciencia galileana y dicha no caminan al unísono. O representación inteligible y científica de lo real, o bien venturanza. ¿Ambas cosas a la vez? imposible. En mis tres años naturales no atiné jamás a trazar la frontera entre mi carne y las cosas del mundo. Yo era un pedazo de naturaleza.

La axiología de la educación ¿puede ser científica? Con el enfoque científico de la naturaleza se inició el derrumbe de los valores educativos; estos podían exclusivamente proponer unos procesos educacionales técnico-científicos y, de tal guisa, no queda espacio para el ser humano más allá de su *sarx*. La ciencia al quedar desgajada de la filosofía, solo podía ser, a la postre, tecno-ciencia. Los neopositivistas del *Círculo de Viena —Wiener Kreis—*, a partir 1922, ya han trazado una línea de demarcación entre enunciados científicos y enunciados metafísicos. Los primeros pueden verificarse; los segundos, en cambio, solo saben divagar. Son enunciados *unsinning*, carentes de sentido.

Tanto Husserl (1859-1938) como Heidegger (1889-1976), alemanes los dos, han reaccionado ante este reduccionismo. Igualmente el francés Merleau-Ponty (1908-1961) ha hecho notar el extravío e incluso el yerro que encierra el discurso principiado con Galileo y consumado con el Círculo de Viena —Schlick, Carnap, Neurath, Reichenbach…—.

En *Die Krisis der europaïschen Wissenchaften* Husserl escribe —traigo la traducción francesa de Editorial Gallimard—:

> De simples sciences de faits forment une simple humanité de fait…
>
> Les questions qu'elle exclut par principe sont précisément les questions qui sont les plus brûlantes à notre époque malheureuse pour une humanité abandonnée aux bouleversements du destin: ce sont les questions qui portent sur le sens ou sur l'absence de sens de toute cette existence humaine.

La educación reducida a tecno-ciencia pierde el sentido del ser humano por mucho inglés que este aprenda. Carece de respuesta la cuestión acerca de la significación o legitimación del *anthropos*, pero lo severo y nocivo está en no plantearse el tema como si el hombre fuera un robot o amasijo de artilugios. Este olvido se paga muy caro. De perderse el *Lebenswelt* o «Mundo de la vida» al que se refiere Husserl no queda otro valor indiscutible, primordial, que la eficacia mudada actualmente en eficiencia. Francamente, me sale el niño dichoso que fui durante tres años, asaltándome unas ganas enormes de dar una patada a tanta eficiencia y a su lujo de medios y tecnologías varias. ¿Qué es primero, la felicidad o la desdicha?

Los planes de estudio han suprimido hebreo, griego, latín, filosofía y, por poco, también el arte y su historia. Los políticos, unos ideólogos desprovistos del recorrido histórico de todo, se han quedado con la matematización de la naturaleza promocionando el mundo matemático hasta elevarlo al rango de única realidad, de tal manera que permanece oculto el mundo pre-científico, el *mundo de la vida* en el cual se originan todos los sentidos o significaciones vitales.

Heidegger, menos impulsivo que yo —y mucho más penetrante en sus análisis— en el texto *Was heisst denken* (1954) se interroga de la siguiente guisa; sí, se trata de un cuestionamiento:

> La ciencia ni piensa ni puede pensar…
>
> La ciencia, en cuanto que ciencia, no puede decidir qué sea el movimiento, qué sea el espacio o qué sea el tiempo. La ciencia, en consecuencia, no piensa ni con sus métodos tan refinados.

Cada ciencia y cada tecnología desarrollan sus posibilidades en un dominio particular del saber desentendiéndose del sentido del todo. En la ciencia y en la técnica se esconden realidades que ellas dos necesitan pero no saben encontrar. ¿Cuál es esta realidad? el Ser. Las ciencias y las técnicas saben solamente de fenómenos, de datos. Se les escapa el ser del tiempo.

Para los tecno-científicos actuales el discurso filosófico acerca del «ser-del-tiempo» es charlatanería de petulantes. De prestar atención a lo que cuentan los filósofos, los hombres de la técnica y de la ciencia no superan el plano de la superficialidad, el plano del ente, olvidando tanto el «el-mundo-de-la-vida» —*Lebenswelt*— como el ser en tanto que ser. La esfera científica y humanista no se encuentran. No contamos con ciencia de la moral.

La matematización de la física conlleva fiarse únicamente de lo cuantitativo. Desde Galileo y de Kepler seguimos así. Somos aquellos prisioneros de que habla Platón en el

libro VII de *La República*: nuestras cadenas son las experiencias que podemos realizar, experiencias sometibles a matemática. Pero, Kurt Gödel (1906-1978) ha hecho notar que una matemática no-contradictoria comporta enunciados que son indemostrables; así, pongamos por caso, el enunciado que sostiene la no-contradicción de un sistema matemático. La coherencia de un sistema formal no puede probarse dentro de dicho sistema.

A pesar de esta aportación, nuestras sociedades viven de la matematización de los procesos materiales. ¿El humanismo? reservado a filósofos y a artistas, a gentes que ya no son de fiar.

Me pregunto desde mis recuerdos naturales: si reducimos lo real a lo mensurable y calculable; es decir, a sus determinaciones más superficiales, ¿puede continuar todavía el ser humano? ¿Desde dónde escandalizarse, por ejemplo, de Auschwitz?

Husserl (1859-1938) en *Die Krisis der europaichen Wissenschaften*:

> La simple ciencia de los cuerpos nada nos dice puesto que prescinde de cuanto es subjetivo.

Tiene que haber una apertura; de lo contrario no queda otra cosa que morir.

Lassus

Sí. Fatigado, agotado, cansado, exhausto, desprovisto de fuerzas.

Ovidio, el romano Publius Ovidius naso (43-17 a.C.), denomina a las adversidades: *res lassae*, «cosas cansadas». En este punto de mi reflexión en torno a lo natural y a lo civilizado, me palpo como «cosa cansada». Descubro, además, que esta meditación conduce de modo insoslayable al suicidio de todo lo humano. Excesivo, desmedido. No puedo con ello.

Lasso, *lassas*, *lassare*, *lassavi*, *lassatum*. Verbo latino: «cansar», «fatigar». ¿Por qué razón los políticos le tienen miedo al latín? ¿Prefieren vivir en inopia cultural desconociendo quiénes son sus ancestros? ¿Avanzar con el culo al aire? yo no.

Padezco *lassitudo*, desfallecimiento, lasitud existencial. *Consumptus sum*, «consumado», «terminado», «extinguido». ¿Acaso *multam operam frustra consumpsi*, «he gastado inútilmente demasiadas energías»? Puede ser. Pero, solo me es dado resignarme. ¡Ah, la vida! ¡Ah, la muerte! ¡Ah, la vejez!

¿Cómo reaccionar? en estas estaba cuando me embiste el recuerdo de un hecho sucedido en 1944. Había ingresado el año anterior en el noviciado que los escolapios tenían en la población de Moià —*Moià* es pueblo catalán, no castellano—, que ha dado lugar a una comarca propia. Llevaba vida recolecta y muda. Mucho mejor esto que vivir a la intemperie en el vientre del dictador español, aquel de la *España Una*, Francisco Franco, un general que traicionó al gobierno legítimo de la II República.

En el enclaustramiento moyanés, amén de darme al rezo, a la liturgia cristiana, a la frugalidad ascética y algunos días a sufrir el cilicio directamente sobre la piel…, dediqué horas y más horas diarias al estudio serio no solo de la lengua latina, sino que igualmente me cultivé con la cultura romana, en particular con su literatura. Pues bien; tuve que aprender de memoria la primera de las *Catilinarias* de Marcus Tullius Cicero (106-43 a.C.) —*Cicerón*, por si alguno no alcanza—, asesinado el día 7 de diciembre del 43 a.C. por

orden del triunviro Marcus Antonius —el de Cleopatra— cerca de la población de Gaeta. Un centurión lo degolló.

En pleno refectorio, mediodía, subido al púlpito, mientras los otros procuraban sustentarse con una sopa más bien boba. Franco y sus amigotes, por el contrario, sí se regalaban, pero había que ser indecoroso como ellos. Con voz fuerte a fin de espantar mi miedo declamé en lengua latina, entera y de memoria, la primera de las *Catilinarias* de Cicerón. Comencé así:

> Quousque tándem abutere, Catilina, patientia nostra?

El profesor de lengua y cultura latinas me miraba satisfecho. Para mí, su nombre es inmortal: Joan Comellas. Para mí.

Esta remembranza de aquel largo período de juventud me ha puesto en la buena pista para aliviar el desconsuelo causado por el poco tiempo que me resta de vida. En camino ya de los noventa, poco es lo que es dado esperar.

Meditaré algunos escritos de Cicerón (106-43 a.C.) que sin duda encontraré en la *Collection Budé*. En latín; así voy a espabilar esta lengua que los años de tenerla abandonada la han sin duda enmohecido y herrumbrado u oxidado. ¿Qué obras? *De finibus bonorum et malorum* (año 45 a.C.), *Tusculanae disputationes* (a partir de agosto del 45 a.C.) y finalmente *De senectute* (año 44 a.C.).

Asimismo reflexionaré textos del cordobés romano Lucius Annaeus Seneca (4 a.C. – 65 d.C.). El emperador Lucius Domitius Claudius Nero —*Nerón*— le mandó suicidarse, cosa que llevó a cabo el día 19 de abril del año 65. Había sido preceptor del mismo Nerón con la misión de preparar al muchacho para el oficio de emperador.

En 1965 se recordó en Córdoba el aniversario de la muerte de Séneca con un Congreso Internacional, en el cual pude conocer algún que otro filósofo de allende los Pirineos. Fue un soplo de aire fresco en aquella España asfixiante.

La clausura de dicho Congreso tuvo lugar en una bodega de la ciudad andaluza de Montilla, situada en la campiña que se extiende a los pies de la sierra de Cabra, en una región de viñas de donde salen exquisitos caldos. La cena la tuvimos rodeados de toneles, de cubas y de barricas que guardaban vinos de Montilla. Al llegar los postres nos leyeron una carta —en latín— que Séneca había mandado a su apoderado, el cual cuidaba las viñas que tenía en *Montulia* —actual Montilla—. En la misiva le ordenaba que le enviara ya la cosecha del año porque tenía que ganar amigos en la corte imperial de Nerón. Ya entonces caí en la cuenta de que no debía idealizar a los filósofos. Séneca era estoico, pero igualmente muy humano.

¿Qué debería considerar pacientemente? ¿Qué libros de Séneca tener en cuenta? Sus obras se hallan también entre los 300 volúmenes de la serie latina de la *Collection Budé* que han publicado las Universidades de Francia —*Les Belles Lettres*—. Me inclino por los textos siguientes:

—Consolatio ad Heviam —su madre— (año 42).

—De brevitate vitae (año 49).

—De tranquillitate animi (año 54).

—De vita beata (año 58).

Y todos los días, al levantarme, meditar dos libros del Antiguo Testamento: *Qohelet*, o *Eclesiastés*, y *Job*. Un pensamiento por día bastará. Son explosivos como este par de ejemplos dejan al raso:

> Y así aborrecí la vida, pues encontré malo todo lo que se hace bajo el sol (Eclesiastés 2, 17).
>
> Entonces Job abrió la boca y maldijo su día diciendo:
>
> Mueran el día en que nací y la noche que dijo «Se ha concebido un varón» (Job 3, 1-3).

Le daré vueltas cotidianamente a las líneas leídas en latín y en hebreo si esto segundo resulta hacedero. Además imploraré a la naturaleza que me invada —carnes y espíritu— con sus amaneceres y ocasos, sus primaveras y otoños, sus veranos e inviernos. Poco a poco, tan como si nada, iré esforzándome en adelgazar la distancia que me distancia de la campiña, de los sembrados y de los cultivos hasta tal extremo, si es factible, que cuando echen tierra encima mío todo resulte usual, que sea un acto acostumbrado. Las múltiples *Misas de Réquiem* conformarán el ánimo.

En octubre próximo iré, acompañado no solo de Antonieta, sino igualmente de mis padres y de mi hermana Maria —estos en el recuerdo—, me dirigiré, decía, a París con ánimo de despedirme con amables adioses de la capital del Sena donde me convertí al desasosiego durante el curso 1970-1971. *Collège de France*: Claude Lévi-Strauss, Michel Foucault. Recorreré todas las piedras de París que humedecí con lágrimas, de gozo unas, de lamento otras.

Pienso regresar de París en paz y con las obras de Cicerón y de Séneca que serán báculo hasta la caída última.

Barcelona, final del verano de 2017

VULNERANT OMNES; ULTIMA NECAT
(Todas las horas hieren; la última mata)

«Tristia» (Nostalgia de la muntanya)

Resum: El text emula a Ovidi, que durant el seu exili al mar Negre va redactar un text amb aquest mateix títol de *Tristia*, una espècie de descàrrec de consciència, o memòria testamentària, que l'autor ofereix per donar raó de l'evolució del seu pensament antropològic, filosòfic i pedagògic. El seu univers mental es troba marcat pels tres anys que, durant la Guerra Civil va viure en contacte directe amb la natura, que va impactar amb la civilització tecnicocientífica de la societat moderna: va optar per una solució culturista que beu en les fonts de la tradició bíblica i de la cultura clàssica. L'ésser humà en abstracte no existeix, de manera que únicament comptem amb l'home històric, el que camina travessat pel temps. Per això, la seva cosmovisió estableix les seves bases en l'historicisme (Dilthey), la fenomenologia (Husserl), l'existencialisme (Heidegger), l'hermenèutica (Gadamer, Ricoeur) i la filosofia del llenguatge (Wittgenstein), sense la teologia catòlica i luterana. El text complementa el llibre *Impertinentes. El desgarro de pensar*, i planteja una obertura hermenèutica, ja que en cas contrari no queda altre camí que la mort sense esperança. Mentrestant, i abans de la visita de la dama negra, el professor Fullat es refugia i consola en la lectura dels clàssics llatins (Cicerón, Séneca) i dels relats bíblics, en especial dels llibres de Job i de l'Eclesiastés.

Paraules clau: Filosofia de l'educació, Antropologia de l'Educació, cultura, Modernitat, Postmodernitat.

Les Tristes (nostalgie de la montagne)

Résumé: Dans ce texte, le professeur Octavi Fullat i Genís (Alforja, 1928) émule Ovide qui, durant son exil au bord de la mer Noire, rédige un texte portant le même titre, les *Tristes*, qui évoque des pensées et des sentiments de tristesse. Il s'agit d'une espèce d'acquit de conscience, ou d'aide-mémoire testamentaire, que l'auteur offre au lecteur pour rendre compte de l'évolution et de la systématique de sa pensée anthropologique, philosophique et pédagogique. En réalité, son univers mental reste marqué par les trois années de la guerre civile espagnole (1936-1939) où il a vécu en contact direct avec la nature. De fait, ce monde naturel est entré en conflit avec la civilisation technique et scientifique de la société moderne, de telle manière qu'en guise d'alternative, il opte pour une solution culturaliste qui s'abreuve aux sources de la tradition biblique et de la culture classique. Selon Fullat, l'être humain en tant que notion abstraite n'existe pas, de sorte qu'on peut compter uniquement sur l'homme historique, cet homme qui se trouve traversé par le temps. C'est pourquoi la cosmovision du professeur Fullat prend pour bases des courants comme l'historicisme (Dilthey), la phénoménologie (Husserl), l'existentialisme (Heidegger), l'herméneutique (Gadamer, Ricœur) et la philosophie du langage (Wittgenstein), sans oublier d'autres sources comme la théologie catholique et luthérienne. Enfin, ce texte complète son livre intitulé *Impertinentes. El desgarro de pensar*, en même temps qu'il envisage une ouverture herméneutique car, sinon, il n'y a pas d'autre voie que la mort sans espoir. Entretemps, et avant la visite de la dame noire, le professeur Fullat se réfugie et se console dans la lecture des classiques latins (Cicéron, Sénèque) et des récits bibliques, notamment des livres de Job et de l'Ecclésiaste.

Mots clés: Philosophie de l'éducation, anthropologie de l'éducation, culture, modernité, postmodernité.

«Tristia» (Nostalgia for the mountain)

Abstract: In this text, professor Octavi Fullat i Genís (Alforja, 1928) emulates Ovid, who during his exile beside the Black Sea wrote a text with the same title of *Tristia*, sad thoughts and feelings. The piece is offered to readers as a kind of easing of the conscience or testamentary memoir to account for the development and systematics of Fullat's anthropological, philosophical and pedagogical thought. In fact, the author's mental universe is marked by three years during the Civil War (1936–1939) when he lived in direct contact with nature. This natural world collided with the technical and scientific civilisation of modern society. As an alternative, he opted for a culturalist solution inspired by biblical tradition and classical culture. According to Fullat, the human being in the abstract does not exist; we can only talk about the historical human, the human who walks through time. Therefore, Fullat's world view is informed by historicism (Dilthey), phenomenology (Husserl), existentialism (Heidegger), hermeneutics (Gadamer, Ricoeur) and the philosophy of language (Wittgenstein), as well as other sources such as Catholic and Lutheran theology. The text complements Fullat's book *Impertinentes. El desgarro de pensar*, and establishes an opening in hermeneutics to negotiate a trail that can take us beyond death without hope. Meanwhile, and during his own wait for the black widow, professor Fullat seeks refuge and solace in reading the Latin classics (Cicero, Seneca) and the bible stories, particularly the books of Job and Ecclesiastes.

Keywords: Philosophy of education, anthropology of education, culture, modernity, postmodernity.